

Año 2 Número 1 - Noviembre 2014



SOCIEDAD DE AUTORES
INDEPENDIENTES

Umbral

Revista Literaria

Maestros

*Gabriela Mistral
Jacinto Benavente
Miguel Ángel Asturias
Luis Lloréns Torres
Amado Nervo*

Colaboraciones:

ZULAGA

*Adelfa Martín - Francisco Vernet
Victor Pardo - Henry Govani Aguiar Sanchez
Zulema Lagarrigue - Ignacio López Castellanos
Lucía Leszinsky - Marino Liso - Nora Ibarra
José Romero Muñoz - Sebastián Arismendi*

Vuestro Umbral

Comienza un nuevo año para la revista Umbral. Me pongo a pensar en las doce ediciones que ya hemos publicado y a pesar de que ha pasado un año, siempre me sorprende al detenerme en el detalle de que todo lo hemos logrado a través del internet. Eric J. Lagarrigue y yo vivimos separados por muchos kilómetros de distancia y así hemos podido cumplir con la promesa que les hemos hecho tanto a autores como a lectores. Cada mes recibimos los aportes hasta el día 15 y las dos semanas restantes las dedicamos al proceso de edición. Se depura, se sugieren correcciones, se revisa y se vuelve a revisar todo. Podrían pensar que todo es una rutina y que ya las cosas se hacen mecánicamente pero no es así. Cada mes hay un sentimiento de emoción por saber qué tipo de textos y estilos estaremos recibiendo de nuestros asociados. Muchos nos tienen acostumbrados a un estilo y esperamos con ansias un próximo aporte. Otros miembros nos sorprenden con cambios de temática o incluso de género. Eso es precisamente lo que hace a Umbral y a SAINDE unos órganos literarios y artísticos ricos. Mantenemos un promedio de 5.000 lectores mensuales y estamos seguros que muchos de estos siguen a ciertos escritores y/o géneros literarios. Eso es lo que buscamos exactamente: dar a conocer que existe una variada producción literaria dentro de los autores independientes.

Asimismo se da inicio a una nueva etapa con varios proyectos de SAINDE, todos positivos. En primer lugar arrancaremos la primera semana de noviembre con la nueva sección "Relatos en serie". Los autores comprometidos con este proyecto han de presentar sus obras de manera semanal, quincenal o mensual para de ese modo desarrollar una historia que se entregará por capítulos. Cada autor/serie tendrá un apartado en nuestra página web y los lectores podrán acceder a los textos de forma gratuita.

Por otra parte y tomando en cuenta nuestro manifiesto, a partir de ahora estamos involucrando más artistas gráficos e incorporándolos a la revista. Varios de nuestros miembros son artistas visuales también y se encuentran promoviendo su producción gráfica. Además estamos construyendo puentes con nuevos asociados que se dediquen al dibujo, la pintura

y la fotografía. Hay autores independientes de gran calidad que pueden encontrar un lugar para establecer una relación con la audiencia aquí, en SAINDE, en la revista Umbral.

Con todo esto entre las manos auguramos un segundo año para Umbral colmado de obras de arte exquisitas y de nuevos artistas que llenarán sus páginas para el deleite de nuestro público. Eric y yo seguiremos llevando a cabo nuestro trabajo de edición porque nos gusta, porque nos apasiona, porque nos hemos comprometido con la revista y con todos ustedes.

¡Que sigan llegando las obras y los artistas!
Que sigan entrando por aquí, por este, vuestro Umbral.

Naida Saavedra



Umbral
Revista Literaria
Órgano oficial de la Sociedad
de Autores Independientes

**SOCIEDAD DE AUTORES
INDEPENDIENTES**

Año 2 - Número 1 - Noviembre del 2014

Dirección general: Naida Saavedra
Corrección y estilo: Eric J. Lagarrigue
Composición y diseño: Eric J. Lagarrigue
Imagen de portada: Zulema Lagarrigue

Colaboradores de esta edición

Adelfa Martin Lü Leszinsky Nora Ibarra
Zulema Lagarrigue Ignacio López Castellanos
Henry Govani Aguiar Sanchez Víctor Pardo
Francisco Vernet Henry Govani Aguiar Sanchez
Marino Liso José Romero Muñoz

Contacto: revista@sainde.net

*Los derechos sobre el contenido incluido pertenecen a SAINDE o a sus respectivos autores.
Las opiniones expresadas en los artículos publicados pertenecen a sus respectivos autores y no necesariamente representan la opinión de SAINDE.*

Índice de contenido

Editorial

Nota editorial (*Naida Saavedra*) 1

Cuentos

La llorona (*Francisco Vernet*) 3

El círculo rojo de Alice (*Francisco Vernet*) 4

La nariz de cereza (*Henry Govani Aguiar*) 8

La orquídea amarilla (*Lucía Leszinsky*)..... 11

Viaje por el norte de México (*Adelfa Martin*).16

La llamada del vacío (*Ignacio López C.*).....21

Sueño onírico (*Ignacio López C.*).....22

Poesía

Incendio Poético (*Sebastián Arismendi*) 14

Noviembre (*Sebastián Arismendi*) 15

Entre cipreses (*José Romero Muñoz*)..... 19

Esas chicas (*Victor Pardo*)..... 20

Monlora (*Marino Liso*)..... 24

Lejanía (*Nora Ibarra*)..... 25

Maestros

Leyendas del volcán (*Miguel Ángel Asturias*)... 27

Historia de un día en tres esquelas
(*Jacinto Benavente*) 32

La luna durmió conmigo (*Luis Lloréns Torres*). 33

Íntima (*Gabriela Mistral*) 34

Los héroes niños de Chapultepec
(*Amado Nervo*)..... 36

Misceláneas

De nuestra portada - Zulema Lagarrigue
(*Editorial*)..... 26



La cultura y el acceso al conocimiento y al arte
son derechos universales.

Sociedad de Autores Independientes

La Horona

En tu olvidado velo de novia, que yace inerte al cobijo de cuatro cuartos de petate, en una esquina enmohecida del alerón en ruinas de la vieja hacienda, una mancha oscura se esconde entre pliegues de encaje, que en otrora blancos, hoy amarillentos añoran el candor de esperanza del aquel tu día de gloria; la mancha oscura, de tinte rojo parduzco, vino oscuro intenso, silente aguarda tu regreso. Oscura en deseos de revivir el rojo radiante de brillos cereza en su corteza, carmesí puro en vida plena de adolescencia, que tu amor anhelante derramó al perder su inocencia.

Maldita en esencia fue la traviesa jugarreta del amor al quitarte el velo de inocencia, que con amor inmaduro te deja por los favores de la callejera. La pena y la intensa amargura apagaron el brillo carmesí de la gota de sangre seca, que hoy como mancha oscura espera entre pliegues de añoranza intensa. Ni el olvido, ni el tiempo han logrado borrar la tragedia, perdida en la historia malversa de quien solo interpreta. Amor por desamor, intercambio jugueteón de sensaciones, ¡que en momentos se adueña de clamores de vendetta!

Inútil desvarío de ideas, que tus lágrimas filtran en diamantes de ternura, al abrazar la efímera muestra de esperanza de renacer pura al alba nueva. Ayer con vida, hoy legenda. De amor y desamor llena, la pena camina taciturna en encaje blanco bordado con hilo de plata, pidiendo al tiempo el regreso del amor arrepentido. En cada lágrima un latido. En cada lágrima un sentimiento. En cada lágrima un gemido, que apaga el grito de dolor contenido en la urgencia del amor cargado de olvido, que llena el vacío de cada lágrima que has llorado y contenido en ti... por aquel a quien a corazón abierto habrías de apuñalar, ¡llorando a mar abierto!



Francisco Vernet

México -1964

El círculo rojo de Alice

Tick tock
Nip tuck
Tick tock
Nip tuck

Pasa el tiempo... ¿Quién podría decirme con precisión cuanto tiempo he permanecido aquí?

¿Habrán pasado horas?
¿Habrán pasado días?
¿Habrán pasado semanas?
¿Habrán pasado meses acaso?

El tiempo no se detiene... omnipotente ser de incansable andar, el tiempo; Sólo eso importa.

Tick tock
Nip tuck
Tick tock
Nip tuck

El señor tiempo..., implacable e incansable marca su paso palmo a palmo. ¡Imposible detenerle! El reloj, su incondicional aliado, tenazmente marca el avance inevitable de las horas... imposible atajar su interminable conteo. ¡Vuela el tiempo, mientras más te ocupas de hacer planes vanos! Frecuentemente, el avance del tiempo te toma por sorpresa; curiosamente, te sorprende cuando más carente de fe te encuentras... te abandona a placer, te irrita en su ausencia, y juega con tu calma a su continuo paso. ¡No se detiene! ¡Se permite a si mismo volar!

Yo, solo permanezco aquí... pendiente de los susurros que acusan los eventos en la vecindad. Entre sonidos cercanos, distingo un taconeo peculiar que inevitablemente evoca a ti. ¿Has sido tú, quien se ha parado en la cercanía?

Tick tock
Nip tuck
Tick tock
Nip tuck

Puedo sentir la lluvia al caer. Casi puedo precisar que no ha dejado de llover allá afuera hace ya rato atrás. Podría, incluso decir, que puedo sentir el momento en que

cada gota de agua se estrella al chocar con la tierra. Puedo contar cada gota de agua al caer. ¡Casi llegan al millón de millones de gotas! Saboreo la dulce transpiración de la tierra humedecida por la lluvia... regocijo humano que añoran mis sentidos.

Difícil de explicar, pero puedo sentir como el agua hace caminos en la tierra en su andar. Escucho el murmullo de sus torrentes, enormes o diminutos, al llenar estanques o al recorrer el cuerpo de rendijas y recovecos a su paso. Delicioso aroma a tierra mojada el que rodea mi morada.

Al hacer el agua su camino hacia lo profundo de la tierra, rompe con el murmullo que genera su andar, el silencio del asiento subterráneo de la intimidad terrestre... tres metros bajo tierra, inevitablemente me encuentra a su paso. Aquí, al golpear la madera de mi puerta, el sonido de cada gota al caer, o el murmullo de su andar, irrumpen el silencio que de paz añora. Entre ecos y murmullos de agua y de la cercanía... los sonidos al mezclarse juegan con mis recuerdos, evocando memorias ya pérdidas de entre voces y... ¡cantos de aleluya!

Mezclado con el delicioso hedor de la tierra húmeda, tu perfume predomina sobre aquel que ha dejado la reciente lluvia. ¿Es tu voz, el eco en la distancia?

Tick tock
Nip tuck
Tick tock
Nip tuck

Una vez más reina el silencio. Me hiere el pensar que te has ido. Repentinamente un sollozo ahogado con el espasmo laríngeo retenido, forzado por el dolor interrumpe en la lejanía. Puedo sentir que alguien llora... puedo sentir su pena.

El sermón es rápido, y conciso. Una voz que en su amargura se despide. Inevitable compartir su dolor. Solo el chirrido de las cadenas y sollozos ahogados en la distancia. La misa termina, el taconear pausado del duelo que se disipa al partir de los deudos. Reina nuevamente el silencio, y la paz característica que queda después de una lluvia torrencial.

Alguien se rezaga. Una última mirada..., ha comenzado a llover nuevamente; esta vez la lluvia parece tener un ritmo entrecortado, más bien parece tener un ritmo ahogado. El motor de un auto contamina repentinamente la cadencia de sonidos... se aleja. Un nuevo adiós.

Nuevamente reina el silencio.

Tick tock
Nip tuck
Tick tock
Nip tuck

Qué difícil es enfrentar el silencio en la soledad. Junto al implacable tiempo, el viento, la lluvia y murmullos lejanos. Escucho el eco de unas pisadas... más bien, es un taconeo pausado, algo indeciso. ¿Tú? ¡Es tu cadencia! En el murmullo que acompaña el viento puedo reconocer el color de tu voz. ¿Eres realmente tú? Dudo. Tu voz ha cambiado. Hoy tu color de voz es triste. Puedo decir que has llorado. Tu voz se quiebra. El silencio juega con el ritmo de tus palabras. Dudo, es una dulce voz de mujer que infinitamente resuena a ti. Ella, cuenta al aire, que aún lee por las noches al filo de su cama. Confiesa que aún deja la llave debajo del tapete en su pórtico...

Ella le espera.
Llora.
Solloza...

En su color de voz, no puedo evitar pensarte. ¿Eres tú? Nuevamente la lluvia acompaña el escenario. Ella se va, se aleja. Una vez más ese tan familiar taconeo pausado. Un motor de auto en la distancia acelera, y su eco en la distancia se pierde mezclándose con el murmullo de la lluvia.

Tick tock
Nip tuck
Tick tock
Nip tuck

Imposible precisar el momento. Un nuevo escenario plagado de sonidos que entre voces y susurros interrumpe el silencio del día. En la distancia un perro ladra. Todo parece nuevo. Una misa, la campana de la iglesia, una peregrinación en duelo acompañan al padre que oficia el sermón. De entre todos los diálogos, uno inevitablemente capta mi atención, alguien comenta de la joven que noche a noche mantiene su vela al hilo prendida en su ventana...

Termina la misa... en su mayoría los dolientes en silencio se despiden. Sollozos ahogados marcan su camino acompañados de una suave lluvia ahogada en saudade. Otros, solo caminan al paso del viento que les acompaña.

Nuevamente el silencio reina en la cercanía.

Tick tock
Nip tuck
Tick tock
Nip tuck

Del tiempo, ya me ocupo poco. No le siento mío, excepto por su alternativo concepto de eternidad. Evito el tedio de seguir su juego del día a la noche.

Hoy todo parece distinto. Me parece correcto decir que acerté al definir la llegada del atardecer. Para mi sorpresa, en compañía con la llegada del ocaso del día, llegaste tú. Hoy he tenido la certeza de que eres tú. Tu voz, en su color claro y dulce fue definitiva...

Tienes que seguir adelante – hoy lo entiendo.
Debes seguir con tu vida - concuerdo.
Solo adiós - enmudezco.

En tu partida, una nota, y el restante círculo de la vela color rojo carmesí, que como testigos mudos de tu espera, que termina marchita en el espacio de tiempo de la noche al día, al filo de tu ventana, reposan en su platito de guarda. De la nota...

“Siempre seré tuya.
Dejaré una vela prendida por ti cada día.
Por ti, para siempre.”

Tick tock
Nip tuck
Tick tock
Nip tuck

Hoy el restante rojo carmesí y tú, me acompañan. Siento paz como pocas veces la entendí. Te esperaré en la eternidad...

Nota:
Saudade. En portugués significa, melancolía.



Francisco Vernet
México -1964

La nariz de cereza

—¡Miguel! Oh aquí estás mi chiquilín, he venido puntual.

—¡Mami! —gritó emocionado al verla y apresuró sus pasos para lanzarse a sus brazos.

—¿Qué es lo que llevas puesto? ¡No me lo digas!, una cereza gigante —al tiempo que reía emocionada y lo levantaba entre sus brazos.

Miguel llevaba puesta una nariz de payaso, entonces se percató que el payaso que jugaba con los demás niños le faltaba justamente eso: su roja y redonda nariz. Sus miradas se entrecruzaron y el sonriente animador infantil cambió su gesto, Elena lo vio sonreír de verdad, no solo un esbozo dibujado en su boca, eran sus ojos que se volvieron profundos y cobraron un brillo diferente.

—Se la he pedido —contestó Miguel con la seriedad que le caracterizaba a la hora de hablar.

—Pues bien —susurró Elena con tono dulce— ahora iremos donde él y se la devolveremos, le hará falta ¿no te parece?

—No, me ha dicho que tiene más, que puedo quedármela —precisó, y con sus gestos dio a entender que lo baje de sus brazos—. Se la he pedido para ti.

—¡¡¡¿Para mí?! —subrayó llena de sorpresa, entonces recordó esa mirada centrada en ella cuando llegó al Chiquipark, pero esos ojos no eran de una persona que descubría a una futura víctima o de alguien a la que le vayan a gastar una broma, era una mirada intensa llena de amor, ternura, comprensión y hasta de admiración. Elena quedó confundida— ¿estás seguro?

—Sí, espera que le voy a dar las gracias otra vez —y Miguel corrió en dirección al colorido hombre disfrazado y sin decir palabra le propinó un fuerte abrazo interrumpiendo su acto, él correspondió y levantó su mano en un vago gesto hacia Elena (la misma mirada una vez más), con la misma ligereza que se fue, volvió hasta donde ella— ya podemos irnos —Miguel tenía la mirada brillante, sus ojos rebozaban de alegría y ternura, casi la misma mirada de aquel extraño.

—De acuerdo, nos vamos —respondió Elena, el hombre seguía con su faena rebotante de alegría, decidió no interrumpirlo y cogidos de la mano salieron.

—¿Quieres que yo anime tu fiesta de cumpleaños?, tendré que hacerme un traje así de bonito como él tenía, y te recuerdo que no soy muy buena costurera —Elena reanudó la conversación con su hijo, al mismo tiempo que hacía un cambio de marcha de su coche, dirección a su casa.

—Pero yo soy muy pequeño y no tengo dinero para pagarte —acentuó Miguel, siempre fue un niño muy adulto, sus seis años de edad no correspondía con su forma de pensar, sino fuera por esa inocencia y transparencia que caracteriza a los niños, se podría decir que eran dos adultos viviendo en casa.

—No te preocupes por eso —dijo sonriente Elena— y qué te parece si le decimos a papá que se vista, o tengo que ser yo.

—No, papá no, él ya tiene trabajo, tú no, y cuando viene a visitarme siempre está

feliz, tú en cambio está casi siempre triste —contestación que Elena no se esperaba, era una llamada de atención si sabía escuchar, y enmudeció, miró de reojo a su pequeño y suspiró.

—Mi amor, sé que fue difícil y lo sigue siendo, pero como te he dicho anteriormente, papá y mamá no pueden vivir juntos.

—Yo lo entiendo, no te preocupes mami, —interrumpió con tono conciliador— los padres de Ana también son separados, (Ana es una compañera del cole), ella se enfada porque no están todos juntos, pero yo le explico lo que tú me dices para que lo entienda también —adulto otra vez. Elena sentía que se le salía el corazón.

—Está bien, lo haré yo, en tu cumple lo haré yo encantada, ¿de acuerdo? —cómo decir que no ante tal alegato.

—No es para mi cumple, es para que consigas trabajo y estés contenta, yo estaré bien en el cole y con la cuidadora, no te preocupes, o si quieres te puedo acompañar —inocentes palabras con una llamada de atención clarísima y directa, todavía quedaba un trecho para llegar a casa y decidió aparcar un momento, tenía un cúmulo de emociones y necesitaba un poco de tiempo.

—¿Cariño, de payaso, estás seguro!? —preguntó intentando alivianar la situación, con una tierna sonrisa.



—Sí, es que ese hombre reía mucho, se veía feliz, y como dijo que trabajaría con nosotros en la fiesta, entonces tuve que hablar con él, le expliqué que te faltaba trabajo y también sonreír, y le dije que me gustaba su nariz y se la pedí para ti —Miguel seguía hablando y Elena atenta con el alma en un hilo— y me la regaló ¿es una buena idea verdad mami?

—Sí, mi vida —no pudo contener esa lágrima traicionera— es perfecta, ven aquí, dame un abrazo —al mismo tiempo sonreía y lo llenaba de besos.

—¿Por qué lloras?

—De alegría, lloro de alegría por tenerte —y se enjuagó las lágrimas, mientras no paraba de achuchar a su pequeño milagro, y esa sonrisa se convirtió en una carcajada de

emoción, mientras recordaba la mirada de aquel, que por fin la pudo comprender— contigo soy muy feliz mi vida, aunque a veces me veas triste, pero ahora soy muy muy feliz. Y me perdonas si no consigo trabajo de payaso y trabajo de otra cosa.

—Sí, no te preocupes.

—Gracias, gracias mi vida, te quiero —mientras sonreía abiertamente, sabiendo lo afortunada que era por tenerlo.

—¡¡¡Sí, sí!!! —Exclamó Miguel riendo— funciona, la nariz de cereza gigante funciona—al tiempo que la colmaba de besos viéndola rebosante de alegría.



Henry Govani Aguiar Sanchez

Pretoria, Ecuador -1975

La orquídea amarilla

Salió de su casa pasado el mediodía para llevarle el almuerzo a su tía al hogar de ancianos en el que vivía hacía ya varios años. Como cada tarde de noviembre, hacía mucho calor. Vestido de modal, sandalias sin taco y el abanico de nácar en la mano eran la vestimenta perfecta para caminar las nueve cuadras que separaban su casa del asilo y llegar a tiempo con el almuerzo sin haber transpirado demasiado.

Caminó dos cuadras por la calle Alberdi y tomó la Avenida Reconquista a la izquierda agitando el abanico con elocuencia. Pasó frente a la Catedral Metropolitana y saludó a los muchachos del mercado frutihortícola quienes estaban cubriendo cajones y quitándose los delantales listos para ir a sus casas para almorzar y dormir la siesta. Una cuadra más y cruzaría el semáforo para tomar la calle Beltrán y encontrarse tan solo a unos metros del asilo.

Esperando que el semáforo mostrase su verde permisivo, observando a la gente agobiada por el calor y al mismo tiempo apurada por llegar a casa, lo vio pasar por primera vez. Él iba sentado junto a la ventanilla en el autobús, con el hombro derecho apoyado sobre uno de los parantes y la mirada perdida en la multitud. Los ojos verdes como yerba mate, el cabello negro y brillante como ébano. Pero esa vez, él no la vio. Solo pasó frente a ella sobre ruedas y continuó viaje quién sabe hacia qué destino.

Absorta ante lo que cualquiera hubiese llamado amor a primera vista, ella olvidó que su propósito inicial era cruzar la calle y se quedó allí parada, con la mirada fija en la publicidad en la parte trasera del autobús que garabateaba la avenida hasta perderse. Habían transcurrido unos segundos cuando una adolescente apurada se la llevó por delante y la trajo de vuelta a la realidad. Esperó que el semáforo volviese a dar verde para cruzar la avenida y apurar la marcha, y cada paso que dio se vio acompañado de esos ojos verdes, de ese cabello negro, de ese que había cruzado su vida en un segundo. Pero él no la había visto, por lo que el recuerdo pronto se vio teñido de desencanto.

Por la tarde, ya en su casa y lista para la siesta postergada de todos los días, comprendió que todo había sido producto de su imaginación. Ese hombre era cualquier hombre y no el hombre al que ella esperaba. Sin embargo, cuanto más reflexionaba sobre su avistamiento de ese día, más fijaba la imagen de ese que ahora le quitaba el sueño. Se preguntaba de dónde vendría y hacia dónde iría. Y hasta se daba respuestas a sus propias preguntas. Pensaba que, por su aspecto simple, vendría de trabajar y estaría volviendo a casa. O quizás él también tendría una tía de quien hacerse cargo y estaría yendo a darle el almuerzo. Estudió la posibilidad de que, como ella, fuese un empleado de algún comercio cercano y que por la tarde tuviese que retornar al trabajo para cumplir con el segundo turno del día. En su invención, él no tendría una mujer en su vida y

estaría, al igual que ella, esperando a quien ocupase ese lugar. Y así finalmente se durmió, con la imagen de sus propios dedos desenredando el cabello negro.

Para su sorpresa, no pasó mucho tiempo hasta volverlo a ver. Al día siguiente, nuevamente de camino al asilo, parada en la esquina esperando para cruzar, allí estaba él sobre el autobús, esta vez, con la cabeza apoyada sobre la ventanilla casi dormido. Aturdida por la casualidad, dejó caer el abanico y al incorporarse luego de levantarlo, pudo ver que él la miraba. Los ojos verdes penetrando los suyos, el brillo del cabello encegueciéndola. Sucedió tan rápido que las palabras que de todas formas él no hubiese oído quedaron suspendidas en sus labios. El autobús continuó la marcha y desapareció como un espejismo.

Abatida por el desencuentro, dedicó toda la tarde a diagramar la vida del que la había mirado. De seguro, y como ella, tendría una familia, una madre, un padre, hermanos quizá. Y ambiciones. Sí, claro, tendría ambiciones. Desearía poder encontrar al amor de su vida y hacer un futuro juntos. Tener hijos. Una linda casa. Vacaciones en la playa. Él, al igual que ella, sería feliz con cosas simples. Bajaría del autobús cada día para encontrarse con ella en esa esquina y acompañarla a llevarle el almuerzo a su tía para que ya no tuviese que ir sola. Y dormirían juntos la siesta. Dormirían juntos, sí.

Al tercer día, segura de que lo volvería a ver, escogió uno de sus vestidos más nuevos, se maquilló y se subió a unos lindos tacones que guardaba para ocasiones especiales. Caminó por la calle Alberdi y luego por la Avenida Reconquista como todos los días pero esta vez con pisadas fuertes y con el abanico alborotado. Al llegar a la esquina, plegó el abanico y se plantó como un árbol para esperarlo. El autobús no tardó en llegar y, sí, con él a bordo. Al verlo, con una sonrisa cincelada en el rostro, pestañeó y se sonrojó. Y para alentar aún más su fascinación, para llevarla a un estado de encantamiento supremo, él no sólo la miró, sino que también le hizo un gesto señalando una flor que asomaba del bolsillo de su camisa: una orquídea amarilla. Y así continuó su viaje, perdiéndose en la distancia.

Abismada, permaneció inmóvil por unos minutos intentando comprender lo que acababa de suceder. Una orquídea amarilla. No tenía dudas de que era una orquídea. Y no era azul. No era verde. Era amarilla. Y él se la había señalado, había llevado intencionalmente su atención hacia la flor, esa flor que reposaba sobre el lado derecho de su pecho. Le tomó unos segundos recordar que alguna vez había leído algo acerca del significado de las flores. Pero, ¿dónde?

Se apresuró hasta el asilo, dejó el almuerzo para su tía con el personal del asilo –no perdería ni un minuto más hasta tanto no descifrar el mensaje que claramente él le había dejado-- y tomó un taxi hasta la biblioteca municipal. Envuelta en pilas de libros e incertidumbre, buscó orquídea amarilla y encontró precisamente lo que deseaba encontrar: expresión de la mezcla que nace del calor del amor y el erotismo. ¿Acaso él le estaba declarando su amor y el deseo de hacerla suya? ¿Cómo era posible que él se sintiese de la misma forma que ella?

Esa misma noche, dispuesta a dormir y sabiendo que solo podría soñar con una sola cosa, pensó en él y en su orquídea amarilla. Fantaseó con la idea de que en verdad él quisiera hacerse uno con ella. La tomaría entre los brazos, le acariciaría el cabello y la besaría apasionadamente para hacerle saber que él también la amaba, que él también la deseaba. Probablemente sus brazos la sujetarían firmemente para nunca dejarla ir, para que estuviesen juntos para toda la vida. Se durmió y entre sueños decidió que al día siguiente ella también le declararía su amor.

Ya en la esquina, preparada para dar el siguiente paso, vio venir el autobús. Se acomodó la falda, se echó el cabello detrás de los hombros y practicó una sonrisa casual pero comprometida. Estaba lista para entregarse, para que él bajase del autobús y la tomase entre los brazos. Pensó en que ella no diría ni una palabra, simplemente dejaría que él definiese el futuro de ambos. Y mientras pensaba qué excusa le daría a su tía por no haberle llevado el almuerzo ese día, vio pasar el autobús vertiginosamente ante ella y continuar la marcha. Sintió como el corazón se le ahogaba en agonía y el impulso lacerante por correr detrás de aquella nave que le robaba a quien para ella ya era suyo.

Dio uno, dos, tres pasos y se encontró corriendo briosamente por las veredas, salteando charcos y pozos, empujando a la gente que no comprendía sus gritos y sus súplicas. Casi sin aliento y evaluando la posibilidad de renunciar a la cruzada, se reconfortó con el ruido de frenos que provenían del autobús. Corrió aún más deprisa y de un salto se materializó dentro de la nave, los ojos recorriendo rostros, escudriñando miradas, rastreando los ojos verdes, el cabello negro. Pero él no estaba allí. El asiento vacío y del otro lado de la ventanilla, ella, parada en la vereda con una orquídea amarilla entre los dedos.



Lucía Leszinsky
Buenos Aires, Argentina

Incendio poético

Éramos dos extraños,
lo único que nos separaba era la distancia,
algo nos enlazaba y era el enigma de la poesía,
navegamos en metáforas que nos llevaban al calor
las miradas eran la tentación.

La poesía seduce, lo sabíamos
quema y cicatriza,
erotizó nuestros sentidos.

Nuestras voces,
nuestros poemas fueron poco a poco infiltrando en nosotros...
Hasta desnudarnos,
luego dejamos de hablar de poesía,
para hacer poesía con nuestros cuerpos.

Apasionados, nos incendiábamos una noche,
para descubrirnos desnudos en cuerpo y alma.



Cachalote

(Sebastián Arismendi)

Barcelona, Anzoátegui, Venezuela

Noviembre

Se acerca noviembre lleno de angustia
sin intenciones de despedir, solo de dar bienvenida,
el mes once llega junto a la intensidad de sus prematuros sentimientos
y la oscuridad de sus noches sin sereno.

Se acerca noviembre y carente de poesía me encuentro
somnoliento ante los estímulos externos,
divago en lo que queda de mí
no el silencio ni lo que callo:
lo que he dejado de sentir.

Las noches novembrinas son heladas
sus mañanas son quemadas,
contrae y dilata.
Noviembre convulsiona mi presente.

Titilo ante su llegada, ansioso estoy,
noviembre no trae malos recuerdos,
trae torbellinos de pasiones y depresiones escorpianas
conticinios sin pausa
el sinfín de emociones y gritos que se quedan en la garganta
un año más de vida por asimilar
las traducciones de las miradas y el rencor que me apuñala.

Noviembre ha llegado.

En sus treinta días trae el pulso de la depresión
y el impulso de la pasión.
Noviembre es la transformación.



Cachalote

(Sebastián Arismendi)

Barcelona, Anzoátegui, Venezuela

Viaje por el norte de México

*S*in dinero, sin amigos, solo.

Ese era mi triste panorama cuando decidí realizar aquella parada en el lugar que durante el trayecto, me había parecido el más solitario.

Bajé de mi auto y pedí al hombre de la gasolinera -contando los pocos centavos que me quedaban en el bolsillo-:

-Póngale 50 Pesos, voy al baño y ya regreso. Caminé hacia el fondo donde se veían las instalaciones sanitarias -muy limpias por cierto- probablemente porque allí mismo, a pocos pasos, se erguía la cafetería del lugar, que con letras ostentosas se hacía llamar "Restaurante el Norteño".

Fui por mi coche, pagué la gasolina y lo deslicé suavemente hacia la puerta de la cafetería; porque eso era. Tengo que comer algo, me dije.

Me llamó la atención la limpieza que también allí era notoria, así como la amabilidad de un hombre alto que me atendió de inmediato como si de un potentado se tratara. Una vez que pedí la especialidad de la casa: tacos de carne asada y coyotas de dátil, la cual me recomendó ampliamente, y después de haber preguntado el precio, me senté ante una taza de café muy clarito, la azucarera y un enorme vaso con agua de cebada que llegaron antes de que pidiera mi orden y que me supieron a gloria. Me quedé mirando de un lado al otro, estaba vacío. Había música un poco estridente, pero no me atreví a exigir que le moderaran el volumen.

Vaya que curioso lugar -pensé-; el típico de paso donde miles se detienen, se encontraba en ese momento tranquilo, sin los ruidos característicos exceptuando la música y el ronroneo de los autos al llegar y salir de la estación de gasolina, ya que las puertas de vidrios gruesos y siempre cerrados para preservar el aire acondicionado evitaban que entrara de lleno el trajín de fuera.

¿Qué hago ahora, hacia dónde voy? Con mi mirada perdida entrecerré los ojos. Podría quedarme aquí, es un lugar como otro especialmente para quien no tiene un rumbo definido... o no quiere tenerlo. Puedo trabajar un par de días; algo podré hacer.

El hombre alto y moreno se acercó, enfundado en su delantal blanco con algunas -casi invisibles-, salpicaduras de salsa.

-Decidí servirle yo mismo porque lo veo muy preocupado. Perdona la intromisión, pero me lo parece.

Cuando miré hacia arriba para responderle, él, campechanamente, ya había

tomado asiento. No le dije nada.

Permítame presentarme, me llamo Israel, me extendió una mano vigorosa y áspera y dándome un fuerte apretón me dijo:

-Este negocito que es mío, y lo vengo manejando desde hace unos diez años, aunque sé que no me haré rico con él, si me ha dado para sacar adelante a mis chamacos. Y a usted ¿qué lo trae por estos rumbos?- me preguntó con cierta timidez.

Lo miré directamente a los ojos pensando: este hombre puede quizás ayudarme a decidir qué hacer, y quién sabe, tal vez hasta darme trabajo por unos días, pero no tuve tiempo de responder. Justo en ese momento se abrió la puerta y entraron tres hombres vestidos al estilo norteño: sombrero, botas, chamarra de cuero...

Vi que Israel se puso un poco pálido, pero se levantó inmediatamente sin siquiera decirme permiso. No había notado que afuera habían estacionado hacía unos instantes una camioneta negra con vidrios polarizados.

Pidieron su comida con unas cervezas y se pusieron a platicar a media voz. No alcanzaba a escuchar de qué hablaban. Se reían de vez en cuando y se llamaban entre sí compadres; sí, compadre, no, compadre. Observé que Israel se colocó de manera estratégica al lado del mostrador, para acercarse a su mesa apenas le hacían una leve seña y no volvió a dirigirme ni una mirada. Tampoco los tres hombres voltearon hacia donde me encontraba; no al menos que yo me hubiera dado cuenta.

Me tomé mi tiempo para mirar detenidamente alrededor, procurando no dirigir la vista hacia la mesa vecina, sopesando el negocio; cuantos meseros había, analizándolo bien antes de animarme a preguntarle a Israel si podría darme trabajo o sugerirme algún otro lugar; total, solo iba a ser un tiempo corto.

Terminé de comer, y al paso de los minutos perdí interés en los recién llegados y traté de enfrascarme de nuevo en mis propios pensamientos; retomar el hilo.

Y entonces, ¿adónde voy? Me dio vergüenza sacar el dinero del bolsillo para contarlos delante de los otros comensales, así que comencé a hacer cuentas mentalmente. Después de pagar esta comida, me quedarán unos...

¡No supe más! Solo recuerdo un enorme estruendo, como si literalmente el edificio se viniera abajo, gritos... incluso algunos que salían de voces en la cocina desconocidas para mí; disparos... ¡sí, disparos!, muchos... ¡muchísimos!

Aunque el conocimiento que tengo sobre armas es menos que nulo, si he visto suficientes películas para saber que aquello que tronaba con tanto estrépito provenía de una AK47, de las llamadas Cuernos de Chivo, por las que salían tiros por cientos y en todas direcciones.

Nunca podré saber cómo apenas fui rozado por una de las tantas balas que yo sentía que volaban a mi alrededor, pues lo que sí puedo recordar es que me lancé al piso, abrazando mi cabeza que tenía pegada contra el suelo, y jamás, nunca, volví al levantarla. No supe nada más.

-¡Nada más señores policías, nada más! No puedo informarles cuántos eran, cómo eran, cómo vestían o por dónde entraron, solo sé que disparaban como locos.

Era lo único que lograba balbucearle al hombre que me interrogaba, mientras un paramédico decía asombrado: ¡qué suerte tiene!, con todo el desastre que hay aquí y lo suyo fue apenas un rozón en el hombro. ¡Definitivamente, volvió a nacer!

Cuando me puse en pie lo que vi a mi alrededor me paralizó por completo. Israel yacía en un charco de sangre, los tres hombres de la mesa cercana allí seguían, pero muertos, y con sus armas en las manos. En la cocina otras dos personas también sin vida. A uno de ellos se le había caído encima una sartén que aún humeaba. Un caos, un verdadero caos, me repetía temblando.

Retomé de nuevo mi camino, solo, sin dinero, sin amigos ¡pero vivo! Se me pegó como un estribillo la frase del paramédico.

¡Usted volvió a nacer!

Mientras, me fijaba en el medidor de la gasolina haciéndome la misma pregunta: y ahora, ¿adónde?, escuché por la radio la canción que dice: la vida te da sorpresas, sorpresas te la vida, ¡ay, Dios!

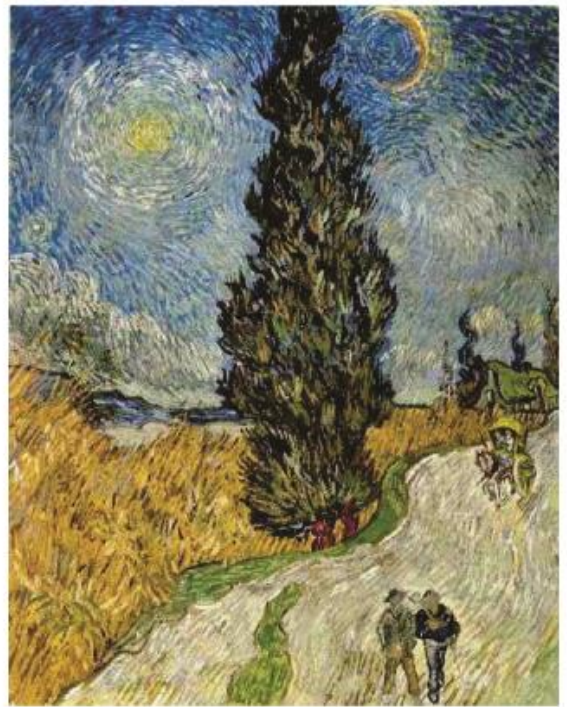
¡Caray, Israel, no llegué a pagarte la comida!



Adelfa Martín
México

Entre cipreses

Al caer la luna plateada
y las estrellas tocan su fin
se levanta un lucero
que alumbra los despertares
de las gente de un país.
Comienzan nuevas ilusiones
fantasías de colores y esperanza
mucho tiene por venir.
Un río deja caer suave agua
y las flores se dejan llevar,
libres son los pensamientos
de un pueblo tranquilo
que quiere vivir en paz.
Paseando lentamente entre cipreses
puedo oír la tristeza del viento
que se mueve sin destino escrito
en un mar de ruidos estresantes,
perdidos por la inconsciencia
y el trajín de los indeseados.
Camino y camino dejando mis pasos
que dieron descanso y reposo,
se borran mis huellas por estos lares
de un tiempo de vida, que en ocasiones
llegaron a ser muy hermosos.



José Romero Muñoz

Huelva, España

Esas chicas

¿Qué pasa con esas chicas
que no vuelven a su casa?
Acaso las lleva pronto
la huesuda, a las rastras.

¿Qué pasa con esas chicas
que han dejado a su mama
llenita de lagrimones
que mojan toda su cara?

“Se fueron porque quisieron”
responde solo la cana,
no queriendo investigar
lo que no le importa nada.

¿Qué pasa con esas niñas?
Solo nos quedan sus caras
guardadas en la memoria
y en el diario publicadas.

El fiscal no busca pruebas,
los jueces cierran la causa,
la gente hace reclamos,
pero no se logra nada.

Tan solo se hallan cuerpos
de las niñas extraviadas,
a veces, tan solo restos
de las ropas que llevaban.

A veces, no se halla ni eso
porque nadie hace nada,
mientras esas pobrecitas
a vejámenes forzadas.

La presidencia fingiendo
frente a las cámaras habla,
la policía ni busca
porque el traficante paga
por tener su protección,
y tenerlas como esclavas.

Las familias en las calles
quemar palos y llantas,
reclamando que aparezcan
las hijas que tanto aman.

¿Qué pasó con esas chicas
que ya no están en sus casas?
Sus rostros por todos lados,
su dolor dentro del alma.



Victor Pardo
Buenos Aires - Argentina

La llamada del vacío

Sin recursos energéticos ni alimento con el que subsistir unas cuantas horas más, ¿cuál es el grotesco final que me tiene reservado el destino, encerrada como estoy en una cápsula estelar de salvamento, a punto de agotar las reservas de oxígeno y mi cordura pendiendo de un hilo?; por eso he decidido dejar constancia de mi existencia en esta grabación.

Mi nombre es Abigail Stubbler, directora de operaciones espaciales en el vacío de la estación estelar ubicada a cincuenta millones de kilómetros de la estrella más cercana a esta nave. Una enana roja acompañada por dos gigantes gaseosos.

El único motivo por el que he decidido poner fin a mi vida, es la certeza de que esta nave a la deriva tardaría aún un año en llegar a la base Calipso. No expondré más motivos salvo este, pues creo que resultaría redundante. Mis datos y credenciales están debidamente guardados en la placa madre de mi casco.

Os preguntareis por qué no he tomado la cápsula roja de emergencia. Mis razones son puramente religiosas. Hace dos años adopté la religión de los nativos Pelthalas. Al igual que ellos, creo en la continuidad de la existencia sobre el engañoso vacío del tejido espacio-tiempo. Observaré el cosmos tras el cristal una última vez. Me despediré de mis seres queridos y abriré la compuerta de ensamblaje. No busquéis mi cuerpo. Al igual que los Pelthalas, es mi deseo formar parte del vacío.



pixabay.com

Ignacio López Castellanos

Asturias, España, 1988

Sueño onírico

Mis pies como cada noche desde hace meses me conducen a una playa de arenas claras, una playa que me resulta familiar y que ya conocía a la perfección. Alzo la vista y ante mí se despliega la inmensidad de la noche coronada por una antinatural luna.

En la arena veo las marcas de lo que parecen unos pequeños y delicados pies; sigo su rastro hasta que decido detenerme.

Una figura femenina comienza a acercarse desde el otro extremo de la playa.

Conozco su rostro, su cuerpo, su vaporoso vestido. Cada noche la veo pero nunca consigo articular palabra en su presencia.

Sus ojos me observan, pero su mirada se me antoja fría, repleta de cruel indiferencia.

Como cada noche se sienta en una roca situada cerca del agua y habla, aunque no sé a quién o qué van dirigidas sus palabras.

Me acerco a ella, y tras tantos meses de total indiferencia por ambas partes, al fin consigo pronunciarle.

—¿Eres real? ¿Por qué te introduces en mis sueños cada noche?

Su cálido rostro de piel olivácea se gira, y sus ojos me atraviesan con la ya conocida indiferencia de cada noche. Se levanta y se aleja hasta que su presencia se disuelve en el éter.

La misma escena se repite noche tras noche. ¿Es real? o simplemente un sueño recurrente y demasiado vívido.

De día y plenamente consciente, la vuelvo a ver en la playa, inmóvil, con el vestido blanco que tan bien conocía ondeando al viento.

Esta vez su mirada es completamente diferente, pues está llena de calidez.

—¿Me he vuelto finalmente loco? Por favor, dime que no eres una alucinación o el producto de un hechizo.

—¿Por qué no paseamos?

Me tiende la mano y yo se la sostengo gustoso. Paseamos y hablamos, sobre nada en particular, solo comentarios superfluos, hasta que finalmente le pregunto por los sueños y qué significado podían tener estos.

Ella ofendida me contesta que era yo quien me introducía en los suyos, y que había sido yo quien la atrajera hasta esta playa.

Convencido de que no llegaré a ninguna explicación lógica, lo dejo correr, por miedo a que cualquier comentario fuera de lugar rompa este fantástico ensueño y me devuelva a mi lecho, lejos de ella.

Juntos yacemos en la arena, sintiendo la respiración el uno del otro, disfrutando del momento y sin decir palabra por miedo a que todo desapareciera como por arte de un hada burlona, venida de algún lejano reino Feérico.

Nuestras manos se aferran, y nuestros ojos se encuentran.

Sus ojos enormes, oscuros y brillantes, me atrapan, y yo me hundo en ellos como si de dos estanques encantados se trataran.

Convencidos de que nada ni nadie puede arrebatarnos este momento, ya que un sentimiento superior a nuestro entendimiento sabe que estamos destinados a estar juntos, pues dos almas afines son capaces de amarse por encima del tiempo y el espacio e incluso mas allá del inconsciente y el mundo despierto.

El cómo, no me interesa descubrirlo. ¿A quién podría interesarle, cuando la felicidad, verdadera paz y felicidad inundan toda tu alma?



Ignacio López Castellanos

Asturias, España, 1988

Monlora

Por su sendero curvo y pedregoso
discurre un cauce de melancolía
entre aromas movidos por el soplo
del viento. Ya contemplo en lejanía

los muros que divisan casi todo,
testigos de la muerte y de la vida.
Y miro atrás. Los pasos que recorro
me alejan y veré pronto la cima

que habré de culminar. Respiro hondo.
La Carrasca me da la bienvenida
y me invita a abrazar su tronco toscó
y a sentir hoy, de nuevo, su energía.

Recorro el claustro y el silencio es todo
lo que se puede oír, paz infinita
que reverbera en el espacio. Al fondo,
custodiando a la Virgen, la capilla.

Olor a cera en lamparillas, rostros
de imágenes de santos que me miran
desde su pedestal. La luz del coro
ilumina, con timidez, la ermita.



Marino Liso

*Erla, Zaragoza,
España - 1958*

Lejanía

Me preguntaste una vez
¿Qué llevarías en la valija,
si un día te marcharas?
sin dudarlo respondí
el corazón de mi madre
ahogado en llanto
Una estrella que me guie
por el sendero nocturno
Una canción que arrulle
a mi niño lejano
Tus ojos palpitando
el adiós rotundo
Esa tarde me marché
Y nunca más le vi



pixabay.com



Nora Ibarra

*Buenos Aires, Argentina
Curitiba, Brasil*

Zulema Lagarrigue

De nuestra portada

Zulema Rosa Lagarrigue (1945), nació en San Miguel de Tucumán, Tucumán, Argentina, donde se graduó de Médico y en la actualidad se desempeña como Médico especialista en Diagnóstico por Imágenes.

Desarrolló su pasión por el arte desde 1984, realizando estudios de dibujo y pintura. Realizó diversas muestras de su arte, tanto individuales como colectivas, obteniendo varias distinciones por su labor artística.



Leyendas del volcán

*H*ubo en un siglo un día que duró muchos siglos

Seis hombres poblaron la Tierra de los Árboles: los tres que venían en el viento y los tres que venían en el agua, aunque no se veían más que tres. Tres estaban escondidos en el río y sólo les veían los que venían en el viento cuando bajaban del monte a beber agua.

Seis hombres poblaron la Tierra de los Árboles.

Los tres que venían en el viento correteaban en la libertad de las campiñas sembradas de maravillas.

Los tres que venían en el agua se colgaban de las ramas de los árboles copiados en el río a morder las frutas o a espantar los pájaros, que eran muchos y de todos colores.

Los tres que venían en el viento despertaban a la tierra, como los pájaros, antes que saliera el sol, y anochecido, los tres que venían en el agua se tendían como los peces en el fondo del río sobre las yerbas pálidas y elásticas, fingiendo gran fatiga; acostaban a la tierra antes que cayera el sol.

Los tres que venían en el viento, como los pájaros, se alimentaban de frutas.

Los tres que venían en el agua, como los peces, se alimentaban de estrellas.

Los tres que venían en el viento pasaban la noche en los bosques, bajo las hojas que las culebras perdidizas removían a instantes o en lo alto de las ramas, entre ardillas, pizotes, micos, micoleones, garrobos y mapaches.

Y los tres que venían en el agua, ocultos en la flor de las pozas o en las madrigueras de lagartos que libraban batallas como sueños o anclaban a dormir como piraguas.

Y en los árboles que venían en el viento y pasaban en el agua, los tres que venían en el viento, los tres que venían en el agua, mitigaban el hambre sin separar los frutos buenos de los malos, porque a los primeros hombres les fue dado comprender que no hay fruto malo; todos son sangre de la tierra, dulcificada o avinagrada, según el árbol que la tiene.

-¡Nido!...

Pió Monte en un Ave.

Uno de los del viento volvió a ver y sus compañeros le llamaron Nido.

Monte en un Ave era el recuerdo de su madre y su padre, bestia color de agua llovida que mataron en el mar para ganar la tierra, de pupilas doradas que guardaban al fondo dos crucecitas negras, olorosas a pescado femenina como dedo meñique.

A su muerte ganaron la costa húmeda, surgiendo en el paisaje de la playa, que tenía cierta tonalidad de ensalmo: los chopos dispersos y lejanos los bosques, las montañas, el río que en el panorama del valle se iba quedando inmóvil... ¡La Tierra de los Árboles!

Avanzaron sin dificultad por aquella naturaleza costeña fina como la luz de los diamantes, hasta la coronilla verde de los cabazos próximos y al acercarse al río la primera vez, a mitigar la sed, vieron caer tres hombres al agua.

Nido calmó a sus compañeros -extrañas plantas móviles-, que miraban sus retratos en el río sin poder hablar.

-¡Son nuestras máscaras, tras ellas se ocultan nuestras caras! ¡Son nuestros dobles, con ellos nos podemos disfrazar! ¡Son nuestra madre, nuestro padre, Monte en un Ave, que matamos para ganar la tierra! ¡Nuestro nahual! ¡Nuestro natal!

La selva prologaba el mar en tierra firme. Aire líquido, hialino casi bajo las ramas, con transparencias azules en el claroscuro de la superficie y verdes de fruta en lo profundo.

Como si se acabara de retirar el mar, se veía el agua hecha luz en cada hoja, en cada bejuco, en cada reptil, en cada flor, en cada insecto...

La selva continuaba hacia el Volcán henchida, tupida, crecida, crepitante, con estéril fecundidad de víbora: océano de hojas reventando en rocas o anegado en pastos, donde las huellas de los plantígrados dibujaban mariposas y leucocitos el sol.

Algo que se quebró en las nubes sacó a los tres hombres de su

deslumbramiento.

Dos montañas movían los párpados a un paso del río:

La que llamaban Cabrakán, montaña capacitada para tronchar una selva entre sus brazos y levantar una ciudad sobre sus hombros, escupió saliva de fuego hasta encender la tierra.

Y la incendió.

La que llamaban Hurakán, montaña de nubes, subió al volcán a pelar el cráter con la uñas.

El cielo repentinamente nublado, detenido el día sin sol, amilanadas las aves que escapaban por cientos de canastos, apenas se oía el grito de los tres hombres que venían en el viento, indefensos como los árboles sobre la tierra tibia.

En las tinieblas huían los monos, quedando de su fuga el eco perdido entre las ramas. Como exhalaciones pasaban los venados. En grandes remolinos se enredaban los coches de monte, torpes, con las pupilas cenicientas.

Huían los coyotes, desnudando los dientes en la sombra al rozarse unos con otros, ¡qué largo escalofrío...!

Huían los camaleones, cambiando de colores por el miedo; los tacuazines, las iguanas, los tepescuintles, los conejos, los murciélagos, los sapos, los cangrejos, los cutetes, las taltuzas, los pizotes, los chinchintores, cuya sombra mata.

Huían los cantiles, seguidos de las víboras de cascabel, que con las culebras silbadoras y las cuereadoras dejaban a lo largo de la cordillera la impresión salvaje de una fuga en diligencia. El silbo penetrante uníase al ruido de los cascabeles y al chasquido de las cuereadoras que aquí y allá enterraban la cabeza, descargando latigazos para abrirse campo.

Huían los camaleones, huían las dantas, huían los basiliscos, que en ese tiempo mataban con la mirada; los jaguares (follajes salpicados de sol), los pumas de pelambre dócil, los lagartos, los topos, las tortugas, los ratones, los zorrillos, los armados, los puercoespines, las moscas, las hormigas...

Y a grandes saltos empezaron a huir las piedras, dando contra las ceibas, que caían como gallinas muertas y a todo correr, las aguas, llevando en las encías una

gran sed blanca, perseguidas por la sangre venosa de la tierra, lava quemante que borraba las huellas de las patas de los venados, de los conejos, de los pumas, de los jaguares, de los coyotes; las huellas de los peces en el río hirviente; las huellas de la aves en el espacio que alumbraba un polvito de luz

quemada, de ceniza de luz, en la visión del mar. Cayeron en las manos de la tierra, mendiga ciega que no sabiendo que eran estrellas, por no quemarse, las apagó.

Nido vio desaparecer a sus compañeros, arrebatados por el viento, y a sus dobles, en el agua arrebatados por el fuego, a través de maizales que caían del cielo en los relámpagos, y cuando estuvo solo vivió el Símbolo. Dice el Símbolo: Hubo en un siglo un día que duro muchos siglos.

Un día que fue todo mediodía, un día de cristal intacto, clarísimo, sin crepúsculo ni aurora.

-Nido -le dijo el corazón-, al final de este camino...

Y no continuó porque una golondrina pasó muy cerca para oír lo que decía.

Y en vano esperó después la voz de su corazón, renaciendo en cambio, a manera de otra voz en su alma, el deseo de andar hacia un país desconocido.

Oyó que le llamaban. Al sin fin de un caminito, pintado en el paisaje como el de un pan de culebra le llamaba una voz muy honda.

Las arenas del camino, al pasar él convertíanse en alas, y era de ver cómo a sus espaldas se alzaba al cielo un listón blanco, sin dejar huella en la tierra.

Anduvo y anduvo...

Adelante, un repique circundó los espacios. Las campanas entre las nubes repetían su nombre:

¡Nido!

¡Nido!

¡Nido!

¡Nido!

¡Nido!

¡Nido!

¡Nido!

Los árboles se poblaron de nidos. Y vio un santo, una azucena y un niño. Santo, flor, y niño la trinidad le recibía. Y oyó:

¡Nido, quiero que me levantes un templo!

La voz se deshizo como manojos de rosas sacudidas al viento y florecieron azucenas en la mano del santo y sonrisas en la boca del niño.

Dulce regreso de aquel país lejano en medio de una nube de abalorio. El Volcán apagaba sus entrañas -en su interior había llorado a cántaros la tierra lágrimas recogidas en un lago, y Nido, que era joven, después de un día que duró muchos siglos, volvió viejo, no quedándole tiempo sino para fundar un pueblo de cien casitas alrededor de un templo.

FIN

Leyendas de Guatemala, 1930



Miguel Ángel Asturias

Ciudad de Guatemala, Guatemala - 1899

Madrid, España - 1974

Historia de un día en tres esquelas

I

Vergüenza me cuesta, pero has de perdonarme. Hoy no asistiré a la Junta. El motivo es pecaminoso. Justamente de cinco a siete tengo que ir a probarme unos vestidos a casa de Laura. Ya sabes lo que es ella; si pierdo mi turno, me deja desnuda este invierno. ¿Estoy perdonada? Bien lo merece mi franqueza. Pude inventar otro pretexto. Otra junta piadosa, la jaqueca, el dentista; pues no, me entrego en pleno delito de coquetería. Así puedes decírselo a las amigas, segura de que todas me absuelven. Me has dicho que la marquesa está expirando. ¡Pobre señora! Esta noche te veré en el Real. Hasta luego.

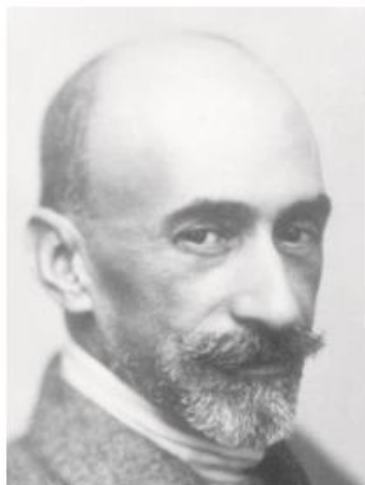
II

Mucho siento la mala obra, pero hoy me es imposible ir a probarme los vestidos. Precisamente de cinco a siete se reúne la Junta de Damas de la Honradez y el Trabajo, de la que soy secretaria, y no puedo faltar. Iré mañana a primera hora. No retrase, por Dios, los vestidos, el negro sobre todo, nuestra presidenta está expirando; y si se muere, no sé cómo voy a ir a los funerales.

III

De cinco a siete.

FIN



Jacinto Benavente

Madrid, España - 1866

Galapagar, España - 1954

La luna durmió conmigo

Esta noche la luna no quiere que yo duerma.
Esta noche la luna saltó por la ventana.
Y, novia que se quita su ropa de azahares,
toda ella desnuda, se ha metido en mi cama.

Viene de lejos, viene de detrás de las nubes,
oreada de sol y plateada de agua.
Viene que huele a besos: quizá, esta misma noche,
la enamoró el lucero galán de la mañana.

Viene que sabe a selva: tal vez, en el camino,
la curva de su cola rozó con la montaña.
Viene recién bañada: acaso, bajo el bosque,
al vadear el arroyo, se bañó en la cascada.

Viene a dormir conmigo, a que la goce y bese,
y a cantar la mentira de que a mi solo me ama.
Y como yo, al oírla, por vengarme, le digo
"mi amor es como el tuyo", ella se ha puesto pálida.

Ella se ha puesto pálida, y al besarme la boca,
me ilumina las sienes el temblor de sus lágrimas.
Ahora ya sé que ella, la que en suntuosas noches
da su cuerpo desnudo, a mi me ha dado el alma.



Luis Lloréns Torres

Juana Díaz, Puerto Rico - 1876

Santurce, Puerto Rico - 1944

Íntima

Tú no oprimas mis manos.

Llegará el duradero
tiempo de reposar con mucho polvo
y sombra en los entretejidos dedos.

Y dirías: «No puedo
amarla, porque ya se desgranaron
como mieses sus dedos».

Tú no beses mi boca.
Vendrá el instante lleno
de luz menguada, en que estaré sin labios
sobre un mojado suelo.

Y dirías: «La amé, pero no puedo
amarla más, ahora que no aspira
el olor de retamas de mi beso».

Y me angustiara oyéndote,
y hablaras loco y ciego,
que mi mano será sobre tu frente
cuando rompan mis dedos,
y bajará sobre tu cara llena
de ansia mi aliento.

No me toques, por tanto. Mentiría
al decir que te entrego
mi amor en estos brazos extendidos,
en mi boca, en mi cuello,
y tú, al creer que lo bebiste todo,
te engañarías como un niño ciego.

Porque mi amor no es sólo esta gavilla
reacia y fatigada de mi cuerpo,
que tiembla entera al roce del cilicio
y que se me rezaga en todo vuelo.

Es lo que está en el beso, y no es el labio;
lo que rompe la voz, y no es el pecho:
¡es un viento de Dios, que pasa hendiéndome
el gajo de las carnes, volandero!



Gabriela Mistral

Lucila de María del Perpetuo Socorro Godoy Alcayaga

Vicuña, Chile - 1889

Nueva York, E.E.U.U. - 1957

Los héroes niños de Chapultepec

Como renuevos cuyos aliños
un cierzo helado destruye en flor
así cayeron los héroes niños
ante las balas del invasor.

Fugaz como un sueño, el plazo
fue, de su infancia ideal;
mas los durmió en su regazo
la Gloria, madre inmortal.

Pronto la patria querida
sus vidas necesitó,
y uno tras otro la vida
sonriendo le entregó.



Amado Nervo

*Juan Crisóstomo Ruiz de Nervo y Ordaz
Tepic, (entonces Jalisco), México - 1870
Montevideo, Uruguay - 1919*

En la risueña colina
del Bosque, uno de otro en pos
cayeron, con la divina
majestad de un joven dios.

¿Quién, después que de tan pía
oblación contar oyó,
a la Patria negaría
la sangre que ella le dio?

Niñez que hallaste un calvario
de la vida en el albor:
que te sirva de sudario
la bandera tricolor.

Y que canten tus hazañas
cielo y tierra sin cesar,
el cóndor de las montañas
y las ondas de la mar...